



Gregorio Antón
1997
T. Mixta/Tela
162 x 146 cms.

Editorial

8

La conductora del programa corrige a uno de sus invitados: aquí no hay morbo, sino información. Si aparece el morbo, afirma, lo será tan sólo en la mirada del espectador. Así, por ejemplo, añade con aplomo, por lo que se refiere a las imágenes obtenidas por la cámara instalada en el retrete -que, en cualquier caso, estará siempre funcionando- sólo serán ofrecidas al espectador cuando tengan valor informativo. ¿A qué podrá referirse? Lamentablemente, no nos ofrece -en esta primera emisión del programa-ningún ejemplo que nos permita profundizar algo más en la línea que, en opinión de Mercedes Milá -exultante en el comienzo de la gran experiencia-, separa al morbo de la información.

Pero resulta en extremo difícil que pueda creer lo que dice. Pues ¿no está el morbo escrito, con letras mayúsculas, en el título mismo del programa? El gran hermano: la televisión realizando la pesadilla que hace ya muchas décadas imaginara la literatura de ciencia ficción.

Diez personas, durante noventa días, encerradas juntas en una casa, y permanentemente observadas, durante las 24 horas del día, por un sinnúmero de cámaras de televisión. Tal es el encuadre de un experimento que apunta a la abolición absoluta -y a la espectacularización total- de la intimidad. Incluso cuando se despierten por la mañana y se contemplan en el espejo del cuarto de baño, una cámara, tras ese mismo espejo, observará cómo se miran, verá exactamente lo mismo que ellos ven. Es decir: antes de que puedan recomponer la máscara de su rostro, ese tejido de signos gestuales con los que cada cual perfila su imagen pública y con los que, simultáneamente, vela su intimidad, habrá siempre ya ahí unos cuantos miles de espectadores anónimos mirando.

¿Experiencia de convivencia? En todo caso, de convivencia perversa: pues, mas allá de los presumibles gestos joviales de los muchachos, cada uno de ellos sabe que compite contra todos los demás por el premio. Y, además, que va a ser invitado a delatar periódicamente a sus compañeros, tratando así de obtener la complicidad de los espectadores sin rostro que le contemplan. Pues esos espectadores, a los que la conductora del programa identifica literalmente con el gran hermano que todo lo ve, poseen, dice, el poder democrático de elegir quién debe ser eliminado.

Pues sólo uno, el vencedor de esta dura -e inevitablemente hipócrita- lucha cobrará finalmente los veinte millones por los que, todos ellos, aceptan, fascinados por la fantasía de permanecer el mayor tiempo posible en la televisión, delante de la mirada de todos, vender su intimidad y traicionar a sus compañeros de convivencia.

Las audiencias pues, finalmente, constituidas en el gran hermano. Es decir, una suerte de amo absoluto a cuya mirada todo se sacrifica.

Todo, absolutamente todo, las veinticuatro horas del día, durante noventa días. Y por tanto: también incluso durante el sueño las cámaras seguirán indagando en sus rostros, apresando y vendiendo los últimos resquicios de su intimidad a una audiencias que pagan la reconversión de la intimidad en basura consumiendo -y entregando ellos a su vez, sus dóciles miradas- a la publicidad que el programa genere. ¿Cómo serán los sueños de esos seres que incluso mientras duermen se saben espías?

¿Es posible que ninguna institución proteste? ¿Que las organizaciones o los colegios de psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas, no digan nada?.

¿Qué el defensor del pueblo no se dé por enterado?

¿Es posible, en suma, que nadie se dé cuenta de que en el dispositivo de esta tortura libremente aceptada están de hecho puestos los medios para generar una psicosis funcional?

La lengua de la televisión: efecto y síntoma

JORGE URRUTIA

Si hay un aspecto, en la reflexión sobre los medios de comunicación, que parece conducir inevitablemente a las posiciones irreconciliables de los integrados y de los apocalípticos es el del buen o mal uso que aquéllos (los medios) hacen del lenguaje hablado o escrito y el de la perversa influencia que pudieran ejercer sobre el público. La posición apocalíptica, dado que es imposible ya concebir la sociedad con un desarrollo menor de los medios de comunicación, sólo conduciría, en último término, al suicidio (ni siquiera a un aislamiento estagirita). La posición integradora significaría suprimir cualquier actividad crítica, lo que no resulta ni científico ni ético.

Es postura bastante conservadora creer que la razón está en el justo medio (en este caso entre la apocalipsis y la integración), pero además no creo que ese nadar y guardar la ropa sirviese para nada. Al fin y al cabo, sería tanto como decir que en ciertas ocasiones se utiliza correctamente la lengua y en ciertas ocasiones no y que, aunque influyan los medios de comunicación sobre los hablantes comunes, otras instituciones también lo hacen y, en cualquier caso, unas veces influirán para bien y otras para mal.

Estimo que un modo correcto de enfrentarse con la cuestión de la lengua en los medios comienza por considerarla, pragmáticamente, en virtud de cada uno de ellos y de sus características. No plantean los mismos problemas la prensa escrita (generalista o especializada), la radio o la televisión. Los niveles de lengua son, en cada caso, diversos, los usos diferentes y las influencias de distinto calado.